

PALADARES DE GONERIL

1

PALADARES DE GONERIL

Raquel Meller



Primera edición en REINO DE CONERIL,
Octubre de 2009

[Basada en la publicada sin fecha
por la Sociedad Española de Librería]

Edita: Reino de Cordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.

Edición y prólogo: © José Esteban

Ilustración de cubierta, *Raquel Meller* (1918)
por Joaquín Sorolla

ISBN: 978-84-936929-3-3
Depósito legal: M-40254-2009

Diseño y maquetación: Jesús Egidio
Edición: José Esteban
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

Raquel Meller

[Opiniones de los más ilustres
escritores y artistas españoles]

Enrique Gómez Carrillo

Dibujos de Carlos Vázquez

Edición y prólogo de José Esteban



Índice

Prólogo, por José Esteban	II
Los dibujos de Carlos Vázquez	21
Raquel	27
Opiniones sobre Raquel Meller	37
Índice de colaboradores	73

Presentación

SIN TEMOR A EQUIVOCARNOS, Raquel Meller fue y sigue siendo la más internacional de nuestras artistas de todos los tiempos. Sus triunfos en Europa y América lo atestiguan y certifican.

Nacida Francisca Marqués López (Tarazona, 9 de marzo de 1888), fue cantante, cupletista y actriz del incipiente cine español y la que estrenó canciones, hoy famosísimas, como *La violetera*, entre muchas otras. Los años de sus grandes éxitos fueron las décadas veinte y treinta del pasado siglo.

Hija de aragonés y riojana, su imparable carrera la inició en Bar-

celona, bajo la tutela de la cantante María Oliver. Trabajó de modistilla en un taller de costura, profesión predilecta de nuestro género chico.

Convertida primero en *La Bella Raquel*, pronto fue definitivamente *Raquel Meller*, apellido alemán en recuerdo, al parecer, de un primer amor de dicha nacionalidad.



En 1911 hace su gran debut en el Teatro Arnau de Barcelona, y ya por esos años estrenó *La violetera* y

El relicario, las dos canciones compuestas por el maestro Padilla y que la lanzaron a la fama.

En 1917 conoce al escritor y cronista guatemalteco, aunque parisino de adopción, Enrique Gómez Carrillo, con quien se casa en 1919 (el matrimonio se rompe en 1922). Son los años de sus triunfos apoteósicos en París, Argentina, Uruguay y Chile. De 1926 data su gira por



Estados Unidos, con éxitos en Nueva York, Filadelfia, Chicago, Boston, Baltimore y Los Ángeles.

Hacia 1930, Raquel Meller atrajo la atención de Charles Chaplin. El gran cómico quiso incorporarla al elenco de su película *Luces de la ciudad*, de 1931. Se desconocen las causas del fracaso de estas conversaciones, pero Chaplin incorporó la melodía de *La violetera* como tema mu-

sical de su película, omitiendo, eso sí, la autoría del maestro Padilla.

Su carrera en el cine comienza en 1922, naturalmente con éxito. Participa en *Violetas imperiales* (1923) y *Carmen* (1926), aún en el cine mudo. En 1932 rodó una segunda versión de *Violetas imperiales* para el sonoro, y en 1936 comen-

zó el rodaje de *Lola Triana*, que la Guerra Civil interrumpió como tantos otros proyectos.

En los años treinta vive en Francia, con el nivel de vida de una gran estrella, superando en popularidad e ingresos a artistas de

la talla de Carlos Gardel y Maurice Chevalier. Sus múltiples registros, sus ojos, la magia de su voz, la hacían única. La propia Sarah Bernhardt no dudó en llamarla “genio” y fue la Meller la que elevó el cuplé a categoría artística.



Acabada la Guerra Civil, se trasladó a Barcelona. Allí se casó por segunda vez con el empresario francés Demon Sayac, del que se divorció en 1943.

Olvidada y sola, pudo ver las películas *El último cuplé* (1957) y *La violetera* (1958) con Sara Montiel entonando sus más ruidosos éxitos. Fue entonces cuando trató de recuperar su fama de gran estrella, sin conseguirlo, y así, en silencio, falleció en la llamada Ciudad Condal, el 26 de julio de 1962. Fue enterrada en el cementerio de Montjuic.

El primer marido de Raquel Meller, Enrique Gómez Carrillo (Ciudad de Guatemala, 27 de febrero de 1873) es, quizá, el mejor cronista parisino en lengua española de todos los tiempos. Cultivó todos los géneros literarios, con indiscutible calidad, destacando en sus crónicas, libros de viajes y sobre todo por sus memorias, que están pidiendo a gritos, como muchas otras obras suyas, una inminente reedición.

De vida bohemia y viajera, fue corresponsal de diferentes periódicos españoles, amigo de Rubén Darío y Manuel Machado sobre todos, se mantuvo muy ligado y participativo en la vida literaria española. Así, fue académico correspondiente de la Real Academia Es-

pañola desde 1895. Fue también nombrado Caballero de la Legión de Honor francesa en 1916 y ascendido posteriormente a comendador.



En 1917 conoce a Raquel Meller, con quien se casa, como sabemos, en 1919. El matrimonio duró poco, hasta 1922.

Murió en París, como debía ser, en 1927 y sus restos descansan en el famoso cementerio de Père Lachaise, junto a los de su segunda esposa Consuelo, condesa de Saint-Exupéry por su tercer matrimonio con el piloto y escritor Antoine de Saint-Exupéry.

ESTA EDICIÓN

LA JOYA BIBLIOGRÁFICA que reproducimos debió aparecer en los años del matrimonio, es decir entre 1919 y 1922. Se trata del homenaje de Gómez Carrillo y de parte de la intelectualidad española a la gran estrella.

Se inicia con unas bellas páginas del sin par cronista. “Los que conocen la armonía impecable de su dicción y admiran la ciencia exacta de sus gestos, le aconsejan que abandone *el arte ligero* que cultiva para consagrarse al arte serio. Yo, por el contrario, creo que no debe cambiar de género. Porque en el fondo para esta admirable transfiguradora de su propia alma, no hay nada mejor que la canción”.

Las acompañan testimonios impagables sobre este singular y único arte de interpretar cantando de Benavente, de Manuel Linares Rivas, de Benlliure, versos de Manuel Machado (“Esta Raquel, por su

«aquel», / por su genio y por su sal,
/ ha hecho el nombre de «Raquel»,
/ una vez más inmortal”), o María
Guerrero (“La fuerza enorme de la
expresión de sus ojos interesa y
atrae desde el primer momento.
¡Qué estupenda actriz se ha perdi-
do con esta moda del cuplé en Es-
paña.”). Por escoger algunos entre
los más de cuarenta que se recogen
en estas páginas.



Para colmo, los
sugestivos dibujos de
Raquel Meller se de-
ben al lápiz de Car-
los Vázquez, impor-
tante artista hoy ca-
ído en el olvido, pero
de una calidad sor-
prendente, y de gran
fama en su época. Es

autor de un popular retrato de la ar-
tista, con la que mantendrá una es-
trecha amistad. Tanta, que durante
la Guerra Civil vivió en una de las
residencias de nuestra estrella, radi-
cada en Niza.

El retrato de la portada original de Sorolla se debió al encargo de uno de sus amantes. Las fechas coinciden con las del matrimonio Gómez Carrillo-Meller. ¿Sería el cronista Gómez Carrillo este amante?

José Esteban

Los dibujos de Carlos Vázquez

NACIDO EN CIUDAD REAL el último día de diciembre de 1869 y fallecido en Barcelona el 31 de agosto de 1944, el pintor, ilustrador y cartelista Carlos Vázquez fue uno de los grandes artistas de su época.

Ingresó a los dieciséis años en la Escuela Especial de Pintura de Madrid y una pensión de la Diputación de Ciudad Real le permitió ampliar sus estudios en Francia e Italia. Se estableció posteriormente en París, donde trabajó con León Bonnat, y en 1892 obtuvo su primera medalla por *Recuerdos de Amor* en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Amigo del

genial ilustrador Daniel Urrabieta Vierge, en 1896 le acompañó durante un mes y medio por las tierras de La Mancha para la edición del Quijote firmada por Vierge.

Tras obtener varios premios internacionales, en 1897 Carlos Vázquez viaja a Venecia, donde es nombrado pintor de cámara de Don Carlos de Borbón. Un año después se establece en Barcelona, donde frecuenta la cervecería modernista *Els Quatre Gats* junto a Ramón Casas, Santiago Rusiñol y Pablo Ruiz Picasso, entre otros. De Vázquez es la portada de una de las revistas de *Els Quatre Gats*, con el dibujo *Perico de los Palotes*. Por entonces comienza su colaboración como ilustrador de *Blanco y Negro*, *Pel & Ploma*, *Hispania*, *La Ilustración Artística*, *La Esfera*... En 1901 se casa con Matilde Garriga Coronas, apadrinado por Joaquín Sorolla.

En 1906 es nombrado Caballero de la Orden de Alfonso XII e Hijo Predilecto por el Ayuntamiento de Ciu-

dad Real. Expone continuamente en París, donde obtiene numerosos galardones, y en 1908 su obra *La suegra* es adquirida por el magnate de la prensa neoyorquina William Randolph Hearst.

En 1926 retrata a Alfonso XIII e inicia los *Dioramas del Quijote*. Tres años más tarde es nombrado Caballero de la Legión de Honor y realiza un popular retrato de Raquel Meller, artista con la que mantendrá una estrecha amistad.

Al iniciarse la Guerra Civil, su estudio es saqueado y, a comienzos de 1937, se embarca rumbo a Marsella; se establecerá en Villefranche sur Mer (Niza), en una de las residencias de Raquel Meller. Regresa a España en 1938; primero se instala en San Sebastián y después en Sevilla, donde realiza un retrato muy celebrado del general Queipo de Llano. Al acabar la guerra vuelve a Barcelona.


En 1944 es nombrado Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, motivo por el que es aga-

sajado con una exposición homenaje en las Salas Fayans. Ese mismo año, el 31 de agosto, fallece de un ataque al corazón que le sobreviene mientras pintaba en su estudio.

El Editor



Raquel

 OS QUE CONOCEN la armonía impecable de su dicción y admiran la ciencia exenta de sus gestos, le aconsejan que abandone el “arte ligero” que cultiva para consagrarse al arte serio. Yo, por el contrario, creo que no debe cambiar de género. Porque en el fondo para esta admirable transfiguradora de su propia alma, no hay nada mejor que la canción. ¿Me decís que en general las palabras que recita resultan insignificantes...? No importa. La letra y la música no son para ella sino pretextos. Su poesía, su armonía, su malicia y su ternura están en su pro-

pio ser y resultan siempre originales, siempre admirables, a veces sublimes.



YO LA VEO TODAS las noches. Y si no me equivoco, todas las noches la oigo cantar la misma especie de canciones a los acordes de las mismas músicas. Pero no sólo no encuentro nunca que se repita, sino que cada vez me parece asistir a una nueva creación, oír un nuevo acento, extasiarse ante una nueva belleza. “Es ella”, me digo. Y en ocasiones me pregunto: “¿Es ella...?” No hay idea, en efecto, de lo que, con dos inmensos ojos y una boca menuda, con un solo cuerpecillo ondulante y dos brazos ebúrneos, esta bruja puede hacer de prodigios inesperados, pasando de la sencillez aldeana a la alucinante altanería, de la dulzura desfalleciente a la hierática serenidad. Y no me refiero, claro está, a las transformaciones suntuarias. Con un so-

lo traje, con la menor cantidad posible de traje, podría, gracias al soplo divino que le anima, ser la mujer y las mujeres, todas las mujeres y toda la mujer, bella de mil bellezas, tierna de mil ternuras, picaresca de las infinitas picardías del instinto y fogosa hasta el punto de parecer, a veces, arder en una llama que la acaricia y la devora.

¡Raquel la innumerable...!



HELA AHÍ, andando a pasos cortos, algo inclinada hacia la izquierda, demasiado frágil para su *toilette* de muñeca Pompadour... Viene de Versalles y trae una historieta escabrosa que oyó cantar a Tellemant des Reaux en un círculo de damas descotadas. Su voz de cristal sonríe, irónica, y sus ojos tienen guiños de marquesita recién salida del convento... Es una anécdota de cuerpo de guardia, cantada por una abadesa... Luego, más alta de un palmo, más

delgada, ondulando cual una bailadora de tango argentino, con la cabellera doctamente desgreñada, con labios sinuosos, que son nidos de tentaciones; con las ojeras muy azules en una faz muy pálida, evoca la orgía montmartresa y es la imagen terrible y adorable de una dama cuyas camelias hubiéranse trocado en orquídeas envenenadas... En seguida, con un traje negro y una mantilla negra y los ojos negros, conviértese en la maja mágica y trágica que conserva aún en las pupilas la última mueca del torero muerto. ¡Ah, la sabiduría extraordinaria (que la Duse le envidiaría) de esas actitudes que no pasan una línea de lo exacto, que van muy lejos en lo patético y que saben ser un simple matiz! ¡Ah, la honda, la fuerte, la inolvidable estampa española, que encarna toda la bella España de la leyenda...! Y lo mismo en esas creaciones psicológicas superiores que en la interpretación de una sencilla muchacha de aldea, su arte se revela infinito.